

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 35, 1-6a.10): *Sed fuertes, no temáis.*

Salmo (145, 6c-10): *«Ven, Señor, a salvarnos»*

2ª lectura (Santiago 5, 7-10): *La venida del Señor está cerca.*

Evangelio (Mateo 11, 2-11): *Los ciegos ven, y los cojos andan.*

En el día de hoy, la alegría es una de las notas más brillantes de nuestra celebración. A este domingo se le solía llamar “*Gaudete*”, por ser esta la primera palabra de la antífona de entrada tomada de una exhortación que hace san Pablo a los cristianos de Filipos: **«Estén siempre alegres en el Señor; se lo repito, estén alegres»**. Quisiera que todos nos contagiásemos con estas palabras. El Señor está cerca y su presencia es la causa más intensa de gozo que puede haber.

En este tiempo de Adviento y en los días venideros de la Navidad surge espontáneamente la alegría del recuerdo: la inocencia de los años infantiles, la vida en familia, las luces deslumbrantes, las decoraciones atractivas, la música de la época, los cantos de villancicos, los regalos dados y los recibidos, las comidas compartidas, los sueños acariciados, los desvelos mágicos...

Y todo por un niño que nació como un pequeño desconocido a las afueras de una aldea insignificante, de unos padres sin renombre y sin más posesiones que su intenso deseo de hacer siempre la voluntad de Dios.

La alegría del recuerdo, pero también la alegría del trayecto: *“Regocíjate, yermo sediento. Que se alegre el desierto y se cubra de flores... porque le será dada la gloria del Líbano”*. No es el punto de llegada, pero la alegría transcurre durante todo el trayecto porque sabemos que el que viene es Dios, y viene para salvarnos.

El Adviento no es la espera impaciente en una silla incómoda de un cuarto cerrado; el Adviento es camino gozoso... *“Hay que fortalecer las manos cansadas y afianzar las rodillas vacilantes”*. Si se tratara de una espera ociosa, no habría necesidad de fortalecer ni afianzar las extremidades, bastaría con acomodarse bien en la poltrona y dejar pasar el tiempo. Manos fortalecidas, rodillas firmes, mirada renovada, oído atento, a saltos y con cantos, *“coronados de perpetua alegría”* porque vamos de camino rumbo a la casa... la casa de Dios, que es también nuestra casa verdadera.

A la alegría del recuerdo y a la alegría del trayecto se une la alegría de los signos: **¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?**, le preguntan los emisarios de Juan a Jesús. Y este contestó con lo que estaba pasando: **«Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de la lepra, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia»**.

Durante el Adviento, nos preparamos para acoger entre nosotros la Salvación de Dios que es Jesús, Dios en persona. Pero ha de ser esta una preparación activa y comprometida en la que nos impliquemos de verdad para llevar a los demás ese Amor del Padre que todo lo hace nuevo, que hace justicia y endereza a los que ya se doblan. Esperanza y compromiso activo, servidores esperanzados, que por algo nos llamamos cristianos.

Estamos invitados y llamados a cambiar todo lo que nos aparta del Dios que viene: el vivir, encerrados en nosotros mismos, el rechazo de lo que rompe el bienestar, el afán de seguridad desmedida, la insolidaridad. Porque este es un tiempo de cambio personal y social. Un tiempo para agarrarnos a lo que de verdad importa: la confianza en Dios, la entrega de Jesús, la atención a los demás, la búsqueda sin pausa del bien y la verdad, la atención a los necesitados, para que nuestra Iglesia y la sociedad vayan también cambiando, sean más parecidas a lo que Dios quiere y nos regala.

No nos apoyamos en falsas promesas, ni en objetivos y programas que casi nunca cumplimos. No nos apoyamos en Jesús. Nuestra esperanza se llama Jesús, y Él viene siempre, y se cumple y hace realidad. A nosotros nos sobran palabras y nos falta entrega, obras creíbles entre las personas. Si nos preguntan qué hacemos en concreto por la paz, el anuncio, el bien, el desarrollo justo y solidario de los hombres y los pueblos podríamos decir muchas cosas, pero siempre estaremos en déficit. Y qué bien entendemos aquello de *“obras son amores y no buenas razones”*.

En qué consiste el cambio al que estamos llamados. Bien significativas son las imágenes de la Palabra: una nueva realidad en que el desierto y el yermo (donde no hay vida) se regocijen, y vean la belleza y la gloria de Dios. Porque Dios viene en persona y trae la Salvación, llama a fortalecer las manos débiles, a ser fuertes y vivir sin temor. Ese es el cambio, y la tarea: anunciar y dejar que llegue a todos, la alegría y el gozo. Y esto hay que contarlo y hacerlo creíble. Y en el anuncio está ya la Salvación.

¡Ven, Señor, a salvarnos! Jesús viene para todos, y nos invita a vivir en esperanza. Porque haces justicia y grande es tu fidelidad, esperamos con paciencia tu venida, *“pero sin vivir dormidos ni inactivos”*. Hermanos: **«Estén siempre alegres en el Señor; se lo repito, estén alegres. El Señor está cerca»**.